

ANSELM GRÜN - FIDELIS RUPPERT

REZA Y TRABAJA
UNA REGLA DE VIDA CRISTIANA

DESCLÉE DE BROUWER
BILBAO - 2007

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
1. EL RITMO DE ORACIÓN Y TRABAJO	15
Sobre la importancia de oración y trabajo ...	15
Lo necesario del trabajo para la vida espiritual	17
La alternancia de oración y trabajo	32
2. LA INTERACCIÓN DE ORACIÓN Y TRABAJO	39
La actitud orante en el trabajo	39
La correcta actitud interna en el trabajo	60
La incorporación de la oración al trabajo	90
CONCLUSIÓN	115

INTRODUCCIÓN

La relación con el trabajo está presidida hoy por una actitud escindida. Cada vez son más las personas que sufren por no encontrar un empleo o por haber perdido el que hasta ahora era su puesto de trabajo. Todas ellas experimentan el desempleo como una devaluación de su dignidad. Junto con el trabajo pierden también a menudo su autoestima, saliéndose del ritmo que les era propio. Es entonces cuando toman por primera vez consciencia de hasta qué punto ordenaba el trabajo su vida y la mantenía dentro de una saludable tensión.

Otros, todavía inmersos en el proceso laboral, lanzan gemidos bajo su peso. El trabajo está allí cada vez más organizado. Se planea cada minuto. Dentro de una jornada laboral que no cesa de reducirse ha de rendirse cada día más. El trabajo se mide sobre todo en función de sus resultados. Las direcciones de las empresas prescriben cifras orientativas que es necesario cumplir, y esas cifras devienen la norma incluso en las labores de asistencia a personas ancianas y enfermas. Un gran número de personas que hasta ahora disfrutaban cuidando a

ancianos y enfermos se ven así privadas de toda motivación. Todo ha pasado a girar en torno a dos cosas: el dinero y la calculabilidad del rendimiento laboral. Son muchos los que sufren bajo una sobrecarga de tareas. Se sienten estresados.

En la moderna situación laboral, ¿qué podría tener que decir un texto tan antiguo como la Regla de San Benito? Las circunstancias laborales eran muy distintas hace 1.500 años. Por entonces, la cuestión era ante todo asegurarse el propio sustento. Para nosotros, los autores, la Regla sigue siendo, hoy como ayer, el patrón con el que medir nuestro propio trabajo y nuestro intento por llevarlo a cabo a partir de una fuente distinta. A esta diferente fuente alude el polo opuesto del trabajo: la oración. La oración sería lo que haría que entráramos en contacto con la fuente interna de la que han de manar todas nuestras obras. Esa fuente es la fuente del Espíritu Santo que está en nosotros. Con harta frecuencia, sin embargo, nuestro acceso a esa fuente interna permanece truncado. En su lugar, nuestro trabajo mana de fuentes turbias. Una de ellas es, por ejemplo, la fuente de nuestra ambición. Con el trabajo buscamos afirmarnos a nosotros mismos. Otra de esas fuentes turbias es la presión a la que nos sometemos a nosotros mismos. Queremos hacerlo todo a la perfección, a fin de que nadie pueda criticarnos. O bien, inclusive, nos valemos del trabajo para huir de nuestra propia verdad, de la que no queremos saber nada para no tener que sentirnos obligados a modificar nuestro estilo de vida.

La fuente a partir de la que trabajamos se ve enturbiada por nuestros modelos de vida. Tenemos así, por ejemplo, a una mujer a la que en todas sus actividades determinan dos de tales modelos: “Ojalá no haya conflictos. Ojalá consiga hacer todo lo que se espera de mí”. Cuando estoy determinado por este tipo de modelos, no pasa mucho tiempo antes de que me sienta agotado y quemado. De los sacerdotes que se sienten quemados, la opinión profesional de un terapeuta suele rezar comúnmente como sigue: “Quien da mucho, necesita también mucho”. Quien da mucho por necesitar mucha dedicación y confirmación, se siente muy pronto agotado. Quien da por recibir sin cesar y por crear a partir de la fuente interna, puede dar sin agotarse jamás. Al dar es mucho también lo que recibe en correspondencia. No es eso lo que le importa, sin embargo. Y por ello precisamente puede disfrutar de lo que recibe.

Si alguien trabaja desde la fuente del Espíritu Santo o desde las fuentes enturbiadas de sus modelos inconscientes, es cosa que cabe percibir en la radiación que propaga con su trabajo. Cuando uno trabaja desde la fuente del Espíritu Santo, disfruta verdaderamente con lo que hace y no se cansa con facilidad. Y en derredor suyo crece y prospera algo. El trabajo fluye de él. Otras personas, que trabajan a partir del modelo vital de su perfeccionismo o su ambición, propagan con su trabajo una atmósfera de agresividad e insatisfacción, dureza y amargura.

La Regla de San Benito nos muestra diferentes vías con las que entrar en contacto con nuestra fuente inter-

na y trabajar a partir de ella. San Benito sabe muy bien que, al trabajar, uno se fatiga. Pero ese cansancio no tiene nada que ver con el agotamiento que le desgarró a uno interiormente. Se trata más bien de una fatiga que, pese a todo, es para esa persona motivo de paz. Y es que uno siente que, en última instancia, quien le ha exigido que trabaje es Dios mismo. Y cuando es Dios quien me lo exige y no el modelo enfermizo de vida que yo me he construido, a pesar de estar exteriormente cansado interiormente estaré en paz.

En lo sucesivo nos atenderemos con pleno conocimiento de causa a la Regla de San Benito. A primera vista, el lector encontrará extrañas algunas instrucciones y reglas. En un principio, a quienes teníamos en mente al redactar este librito era a aquellos miembros de nuestra orden que vivían el trabajo como lo opuesto a la oración y la meditación. En los monasterios, en efecto, hemos tenido la oportunidad de observar dos corrientes distintas. La primera reclamaba que se trabajara menos, para que de este modo se dispusiera de más tiempo para la vida espiritual. Sin embargo, la experiencia vino a mostrar que los miembros de la orden que habían reducido en gran medida sus tareas no por eso se volvían más espirituales. Al contrario, se volvían más narcisistas. Daban vueltas en torno a sus necesidades, en lugar de en torno al Dios al que querían entregarse. La segunda tendencia consiste en aumentar sin cesar el número de tareas y ocultarse detrás del trabajo, poniendo así en peligro la vida espiritual. De este modo, quienes emprenden la búsqueda sincera de Dios ya

no son monjes, sino piadosos animales domésticos. Nada nos asegura que los miembros de la orden vayan a encontrar siempre el correcto equilibrio entre oración y trabajo.

Lo vivido por los monjes no se halla muy lejos, a nuestro juicio, de lo que viven hoy muchas personas que trabajan en la empresa moderna. También en nuestra sociedad, en efecto, están a fin de cuentas presentes ambas tendencias. La primera de ellas estriba en reducir cada vez más la jornada laboral y elevar la carga de trabajo. Sin embargo, el reducir el número de horas laborales por semana no ha tenido automáticamente como consecuencia una mayor calidad de vida. Lo que de este modo ha nacido es una industria del ocio que entretiene a personas que no están trabajando. En lugar de recobrar las fuerzas, las personas se convierten en holgazanes bulliciosos. La segunda tendencia de nuestra época consiste en la compulsión a trabajar cada vez más. Empresarios autónomos y directivos asalariados, profesionales de la medicina y abogados gimen bajo el peso de tareas a las que nunca consiguen poner fin. Les gustaría hacer un alto y acudir a conciertos y teatros, dar paseos y meditar. Pero no encuentran la manera de reducir el número de sus obligaciones.

En lo que sigue no van a extenderse recetas patentadas. Lo que en realidad pretendemos es encontrar en la Regla de San Benito y en la tradición del monaquismo temprano las vías con las que ellas vivieron de un modo creativo la tensión entre trabajo y oración, entre hacer y dejar hacer, entre actuar y estar a la escucha. Al hacerlo, vere-

mos que la moderna separación entre los dos polos de oración y trabajo está del todo ausente en San Benito. En su caso, la cuestión era en realidad vivir y trabajar día a día a partir de la oración. Ambas cosas, oración y trabajo, pueden llevarme a Dios, constituir un desafío para mí, ponerme al servicio del Señor y hacer que me entregue a él.

Lo que San Benito quiso decir con la fórmula “ora et labora”, ha vuelto a expresarlo en nuestros días el psicoterapeuta muniqués Albert Görres, al contemplar en la cotidianeidad el verdadero espacio espiritual. La cotidianeidad no debe verse abandonada por las personas que buscan en el terreno del espíritu, sino que ha de ser penetrada y transformada por la oración y la meditación¹. En este camino, el “leitmotiv” benedictino “ora et labora” podría ser de ayuda para una vida espiritual que, lejos de querer dejar el mundo tras de sí para llegar a Dios, encuentra a Dios en todas las cosas o, por decirlo con palabras de San Benito, estructura la vida humana, justamente en su banal cotidianeidad, de tal manera que “en todo sea Dios glorificado” (RB 57,9)².

1. A. Görres, *Wege und Hindernisse der Meditation: Meditation im Religionsunterricht*, edición de A. Biesinger, Düsseldorf 1981, p. 59.

2. Los números que se indican en el texto con “RB” hacen referencia a la edición de la Regla de San Benito: G. Holzherr, *Die Benediktsregel*, Einsiedeln 1980. (En la traducción, para todos los pasajes de la Regla citados por el autor se ha recurrido a la siguiente versión castellana: Regla de San Benito. Introducción y comentario por García M. Colombás, monje benedictino, traducción y notas de Iñaki Aranguren, monje cisterciense, BAC, Madrid 1979).